

CANEVARO, Santiago; CASTILLA, María Victoria. Masculinidad, intimidad y cuidados: ¿nuevas reconfiguraciones en la pandemia? Dossiê/Dossier: *Vida Cotidiana, emoções e situações limites: viver em um contexto pandêmico / Vida cotidiana, emociones y situaciones limite: vivir en un contexto de pandemia*, sob coordenação de Marina Moguillansky e Mauro Guilherme Pinheiro Koury. **RBSE Revista Brasileira de Sociologia da Emoção**, v. 20, n. 58, pp. 97-113, abril de 2021 – ISSN 1676-8965

DOSSIÊ/DOSSIER

<https://grem-grei.org/numeros-completos-rbse/>

Masculinidad, intimidad y cuidados: ¿nuevas reconfiguraciones en la pandemia?

Masculinidade, intimidade e cuidado: novas reconfigurações na pandemia?

Masculinity, intimacy and care: new reconfigurations in the pandemic?

Santiago Canevaro
María Victoria Castilla

Resumen: La pandemia del covid-19 modificó la cotidianeidad y reconfiguró los modos en que vivimos nuestras intimidades, el espacio público y el de nuestros hogares. El denominado Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio decretado por el gobierno nacional argentino se acompañó con una crisis económica y sanitaria trastocando, a su vez, las actividades de “cuidado” y de “trabajo”. En este contexto, las distinciones taxativas e infranqueables entre lo público y privado quedaron en jaque junto con la vida íntima que comenzó a percibirse como amenazada ya que, su par antagónico -lo “público”- había perdido su tradicional espacio, esto es, todo aquello que estaba por fuera de los hogares. En el marco de las investigaciones y ejes de indagación que venimos realizando en el Núcleo de Estudios sobre Intimidades, Política y Sociedad de la Universidad Nacional de San Martín en este artículo analizamos las implicancias que la pandemia tuvo en la vida cotidiana y familiar de varones de sectores medios de Buenos Aires. Sostenemos que el confinamiento decretado a partir de la pandemia visibilizó la porosidad de las fronteras entre lo íntimo y lo público. La dificultad y los esfuerzos para hacer convivir estas dos esferas se expresaron en los modos como vivenciaron y gestionaron la espacialidad y practicaron los cuidados durante dicho aislamiento, así como también en la forma en que se representaron y significaron el espacio del hogar y a sus propias tareas como padres y trabajadores. **Palabras clave:** pandemia, intimidad, masculinidad, trabajo, cuidados

Resumo: A pandemia de covid-19 mudou nossas vidas diárias e reconfigurou a forma como vivemos nossa privacidade, o espaço público e o de nossas casas. O denominado Isolamento Social Preventivo e Obrigatório decretado pelo governo nacional argentino foi acompanhado por uma crise econômica e sanitária, interrompendo, por sua vez, as atividades de “cuidado” e “trabalho”. Nesse contexto, as distinções específicas e intransponíveis entre o público e o privado estavam em xeque a vida íntima que passou a ser percebida como ameaçada desde que seu par antagônico - o "público" - havia perdido seu espaço tradicional, ou seja, tudo o que estava fora de casa. No quadro das investigações e eixos de investigação que temos vindo a desenvolver no Núcleo de Estudos sobre Intimidades, Política e Sociedade da Universidade Nacional de San Martín, neste artigo analisamos as implicações que a pandemia teve no cotidiano e vida familiar de homens de setores médios de Buenos Aires. Afirmamos que o confinamento decretado da pandemia tornou visível a porosidade das fronteiras entre o íntimo e o público. A dificuldade e o esforço para fazer coexistir essas duas esferas se expressaram nas formas como

vivenciaram e administraram a espacialidade e exerceram o cuidado durante esse isolamento, bem como na forma como o espaço da casa e as próprias tarefas foram representados e significados como pais e trabalhadores. **Palavras-chave:** pandemia, intimidade, masculinidade, trabalho, cuidado

Abstract: The covid-19 pandemic changed everyday life and reconfigured the ways we live our intimacy, public space and our homes. The so-called Preventive and Compulsory Social Isolation decreed by the Argentine national government was accompanied by an economic and health crisis, disrupting the “care” and “work” activities. In this scenario, the specific and insurmountable distinctions between the public and the private spheres were affected and the intimate life began to be perceived as threatened since its antagonistic pair - the “public” - had lost its traditional space, that is, all outside the homes. According to investigations and axes of research that we have been carrying out in the Nucleus of Studies on Intimacies, Politics and Society of the National University of San Martín, in this article we analyze the implications that the pandemic had on the family and everyday life of men from middle class of Buenos Aires. We argue that the confinement made visible the porosity of the borders between the intimate and the public. The difficulty and efforts to make these two spheres coexist were expressed in the ways in which men experienced and managed spatiality and practiced care during the confinement, as well as in the way in which the space of the home and their own tasks were represented and signified as parents and workers. **Keywords:** pandemic, intimacy, masculinity, work, care

Introducción

La pandemia del covid-19 modificó la cotidianeidad y las definiciones acerca de *una vida normal* reconfigurando los modos en que vivimos nuestras intimidades, el espacio público y el de nuestros hogares. En Argentina, el 19 de marzo de 2020 el gobierno nacional decretó una cuarentena estricta para todo el país como estrategia para evitar la propagación del virus. El denominado Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (en adelante, ASPO) estaba compuesto por 5 fases que dependían de la velocidad de contagios en cada región en las que de modo creciente se iban habilitando actividades. Las fases 1, 2 y 3 fueron de aislamiento con permisos de movilidad reducidas y las fases 4 y 5 de distanciamiento con restricciones locales y movilidad superior al 50% de la población. En el Área Metropolitana de Buenos Aires (en adelante, AMBA), donde vive el 37% de los habitantes del país, las fases de aislamiento se prolongaron 231 días hasta el 9 de noviembre cuando entró a regir el denominado Distanciamiento Social, Preventivo y Obligatorio (DISPO) con nuevas apertura y actividades habilitadas.

La crisis económica y sanitaria asociada al aislamiento trastocó las actividades de “cuidado” y de “trabajo” generando una “ruptura” del tiempo “normal” y la relación entre pasado, presente y futuro (VISACOVSKY, 2009). Asimismo, las distinciones taxativas e infranqueables entre lo público y privado quedaron en jaque. Desde el inicio del confinamiento y a partir de las innumerables tareas y obligaciones que comenzamos a realizar en los hogares, lo público y lo privado se solaparon (no sin múltiples conflictos) en un mismo espacio físico entrecruzándose, pero sin fusionarse. Fueron las redes tecnológicas quienes se encargaron de mantener la interacción y sociabilidad con el afuera y llevar adelante esta obra en la vida cotidiana. Así, se debió trasladar las tareas y prácticas que realizaban en lo “público” al mundo de lo “privado”.

Para los sectores medios confinados, a partir de ese momento, la vida íntima comenzó a percibirse como amenazada ya que, su par antagónico - lo “público” - había perdido su tradicional espacio, esto es, todo aquello que estaba por fuera de los hogares. En este contexto, la espacialidad se transformó en una variable clave desde donde pensar en la construcción de intimidad, de vida familiar y sociabilidad para los varones

de sectores medios. La nueva realidad que supuso la declaración de la pandemia llevó a “descubrir” algo que parecía obvio pero que la pandemia potenció: el espacio del hogar se la piensa como una esfera de dominio (casi exclusivo) de las mujeres, quienes serían las encargadas de su orden y mantenimiento cotidiano. En este punto, este artículo apunta a explorar la variedad de representaciones y prácticas que los varones debieron movilizar en esta nueva vida cotidiana, en un espacio poco conocido, en sus códigos, obligaciones y temporalidades.

En el marco de las investigaciones y ejes de indagación que venimos realizando en el Núcleo de Estudios sobre Intimididades, Política y Sociedad de la Universidad Nacional de San Martín y a partir de una investigación desarrollada durante el ASPO en el AMBA con varones cissexuales, de sectores medios, con trabajos estables y padres de hijos pequeños (menores de 12 años), en este artículo proponemos una mirada sobre los modos en que el aislamiento modificó la vida cotidiana de dichos varones. En particular, nos centramos en las transformaciones desplegadas en relación con el trabajo y el cuidado y en las estrategias desplegadas para lidiar con sus tareas laborales cuando debieron reconvertir sus espacios de vida a lugares donde desarrollar sus tareas laborales y aumentar la convivencia y cotidianidad con las personas con quienes vivían hasta ese momento. Exploramos las distintas maneras que los varones tienen para negociar, adaptarse y hacer congeniar espacios, tiempos y obligaciones a partir del surgimiento de la pandemia. Encontramos continuidades y rupturas, aunque mayormente vislumbramos una dificultad para congeniar ambos escenarios, con sus propias lógicas y dinámicas. Las dificultades e inconvenientes para hacerlo interpretamos que se deben, en parte, a la poca familiaridad con este universo y a las exigencias que se/les imponen por transformar los espacios familiares en ámbitos estrictamente laborales. Asimismo, abordamos las transformaciones que supuso la reconfiguración de las tareas de cuidado y las consecuencias que supuso en las prácticas, representaciones y estrategias de varones a partir del ASPO.

Para ello, se utilizó una metodología cualitativa en la cual se utilizaron redes sociales y/o entrevistas por sistemas de videollamadas (Zoom, Whatsapp, Google Meet, etc.). El trabajo de registro estuvo compuesto por dos fases. En una primera, se realizó un primer contacto con los varones a entrevistar y se mantuvo contacto diario y fluido por períodos de tiempo que llegaron a las dos semanas. Al finalizar esta primera etapa se contó con un total de 14 varones a los que se les realizaron los seguimientos. Luego, pasado ese primer momento, se realizaron nuevos contactos y seguimientos utilizando los mismos medios. En todos los registros se contó con el consentimiento informado, en el cual se explicitaron los objetivos de la investigación, aclarando el carácter anónimo, voluntario y confidencial de las mismas. A lo largo del texto los nombres de los entrevistados se han modificado y borrado todo rasgo que pueda identificarlos de manera directa o indirecta. Los textos obtenidos de las entrevistas y las notas de campo fueron analizados a partir de categorías, siguiendo los criterios y técnicas del análisis de contenidos.

Intimidad, esferización del mundo y feminización de lo espacial

Cuando se piensa en la intimidad se la asocia a nociones como la privacidad o la proximidad y a prácticas y representaciones de la sexualidad, la sensualidad, los afectos y/o los secretos. Cada una de estas nociones acarrea diversos dominios y modos en que la intimidad es definida, disputada, construida y/o transformada en los distintos sectores económicos, sociales, étnicos, genéricos y/o etarios de la sociedad. Junto con las emociones, los afectos y los sentimientos (y todo lo que pueda estar opuesto a la razón pública) ha quedado socialmente definida por su carácter interior que plantea la

existencia de un “adentro” individual opuesto a un “afuera” extraño (ABRAMOWSKY; CANEVARO, 2016). Dar a conocer la intimidad de cada uno sería ir develando, según las personas con las que interactuamos y los contextos sociales en donde nos movemos, ese algo “dentro nuestro”. En lo que sería como una métrica de la intimidad: a mayor intimidad, mayor nivel de conocimiento sobre nuestro mundo interior (ZELIZER, 2009).

Ahora bien, esta lógica implica suponer que la intimidad consiste en un mundo interior, una esfera separada de un afuera, que no es accesible desde el exterior y, por ende, que es conocido sólo por nosotros mismos. De igual modo que lo entendíamos desde los inicios de la modernidad, la intimidad es la esencia, lo que constituye a nuestra persona, que al mismo tiempo debe mantenerse al resguardo del exterior amenazante. Si la intimidad es ese algo interior que me constituye como persona única, lo que sucede en la intimidad es confiable, esto es, lo más cercano a la verdad que podemos tener de las personas. Así, se construye como una dimensión espacial difusa entre lo público y lo privado y como relación social incluye las concepciones de familia, las lógicas de cuidado (FAUR, 2009), los modos de vivir y significar las emociones y las valoraciones monetarias, por nombrar algunas. Es decir, se entrecruza con los discursos, nociones y experiencias que conforman las masculinidades y las feminidades en nuestra sociedad y las normativas morales que las atraviesan, entre las que se destacan las exigencias de cuidados, las autonomías y las nociones de dependencia.

Cuidados, autonomías y dependencias conforman una trama social, económica y política con claras implicaciones para los modos en que se organiza la sociedad, los mercados y los Estados. Por ello, los cuidados se relacionan de modo indisociable con las políticas públicas, sobre todo en el marco de las crisis sanitaria y económica generadas por la pandemia de covid-19. Como categoría de análisis se refiere al conjunto de acciones pasivas o activas tendientes a satisfacer necesidades de posesión o de acceso a bienes y servicios y necesidades emocionales o anímicas (TRONTO, 1993). Estas acciones incluyen, a su vez, todo lo que hacemos para conservar, continuar o reparar el mundo en vista de vivir lo mejor posible.

Desde sus inicios como categoría de análisis, las feministas pusieron el énfasis sobre las tareas remuneradas y no remuneradas de cuidados al interior del hogar con el objetivo de visibilizar dichas tareas y valorizarlas en términos estatales y desde el mercado, señalando la centralidad que tienen los trabajos domésticos no remunerados para el capitalismo (BENERÍA, 1979; MEILLASSOUX, 1975). Incluye acciones de cuidado del propio cuerpo, el self, así como del ambiente (TRONTO, 1993), el cuidado directo de otras personas, los servicios de cuidado (terceriarizados y estatales), los cuidados comunitarios y vecinales (CASTILLA; KUNIN; BLANCO ESMORIS, 2020), la provisión de las precondiciones en que se realiza el cuidado (CERRI; ALAMILLO MARTINEZ, 2012) y la gestión de éste (RODRÍGUEZ ENRÍQUEZ; MARZOONETTO, 2015), entendiéndose como trabajo (MOLINER, 2013). Todas estas acciones se encuentran moldeadas por vínculos interpersonales, dando espacio a las interdependencias (CASTILLA, 2020; ESQUIVEL; FAUR; JELIN, 2012), siendo las principales instituciones sociales que lo proveen el Estado, el mercado, la familia, la comunidad las que se articulan e interrelacionan definiendo la organización social del cuidado (FAUR, 2009; RAVAZI, 2007).

En general, las masculinidades tradicionales son entendidas como opuestas a la intimidad, a lo emocional y a los cuidados ya que todos estos quedan asociados a los atributos de lo femenino. No obstante, comprender las vidas cotidianas de los varones, sus paternidades y masculinidades, implica partir de una mirada relacional entre lo íntimo y lo masculino tendiente a analizar las construcciones sociales, culturales y

económicas que se erigen sobre las diferencias de clase y de sexo. Al igual que ocurre con los cambios y diversificación de las masculinidades ocurridos en las últimas décadas, es posible pensar intimidades masculinas en espacios no tradicionales que obligan a mirarlas más allá de los límites que las fronteras entre lo público y lo privado y/o lo doméstico y lo laboral, sin olvidar las particularidades que las pertenencias sociales y económicas les imponen.

En este punto, retomamos algunas de las ideas de Marc Bessin (2014) cuando se propone repensar los límites de la concepción cronológica del tiempo. Como bien lo afirma el autor, la concepción cronológica y androcéntrica del tiempo no permite concebir la complejidad del trabajo, la interrelación de los tiempos públicos y privados, la movilización de las dimensiones subjetivas y morales en la actividad profesional y la capacidad de comprometerse profesional o colectivamente manteniendo una vigilancia hacia lo “doméstico”. En nuestro trabajo, apuntamos a pensar en la manera como los varones negocian y gestionan estos mundos sociales cuando tienen que pasar la mayor parte del tiempo en sus hogares. Particular énfasis pondremos en los siguientes apartados en las dinámicas espaciales y en la sociabilidad que se construye a partir de ese momento. Luego, nos centraremos en las implicancias que tuvieron en las prácticas y representaciones del cuidado para estos varones la declaración del ASPO en sus vidas cotidianas.

Sociabilidad o cuando lo público es privado

El confinamiento obligatorio no sólo supuso la obligatoriedad de estar dentro de los hogares -esa esfera de la privacidad por antonomasia-, sino que para quienes viven con sus familias, amigos/as o allegados/as, la simultaneidad de la vida en común hizo que desapareciera esa intimidad que nos brinda la soledad. Al mismo tiempo, podría hacernos pensar inicialmente que dicha medida potenció la separación entre el mundo de lo “público” y de lo “privado”, ya que todas las prácticas y obligaciones quedaron subsumidas en el universo de los hogares. Sin embargo, el resultado ha sido la generación de espacios donde se potenció la superposición y porosidad de ambos universos que desde la teoría podrían pensarse como separados, opuestos e incompatibles. Esta cuestión más general adquiere una tonalidad específica cuando se piensa en la situación de los varones durante la pandemia.

Martín tiene 32 años, un hijo y hasta hace ocho meses se levantaba a las ocho y media de la mañana para ir a trabajar a un ministerio público en el centro de la ciudad. Estudió en una escuela técnica y luego hizo la carrera de comunicación social en una universidad pública. Antes del ASPO, jugaba todos los sábados al fútbol con los amigos y antes del nacimiento de su primer hijo salía de dos a tres veces por semana a tomar cerveza con sus amigos y hacía al menos un asado por semana, algo que se redujo a una vez por semana después del nacimiento de sus dos hijos.

Cuando lo consultamos sobre los efectos de la pandemia en relación con las tareas de cuidado y la manera cómo se distribuían roles y tareas con su pareja, manifestó que mucho no había cambiado su compromiso. Sin embargo, cuando le preguntamos sobre qué añoraba respecto al tiempo pre pandemia, manifestó el hecho de poder encontrarse con amigos a tomar una cerveza, hacer un asado, jugar al fútbol o juntarse a charlar como actividades esenciales para su vida que se habían perdido.

Yo no sabía que era tan dependiente de eso para mi vida hasta lo de la pandemia (...) no verlos por tanto tiempo, las charlas, el cagarse de la risa, todas esas cosas re importantes yo creo (...) esto lo ves en los grupitos (de WhatsApp) y esas cosas, con chistes, todo, estamos todo el tiempo con esto de tener los huevos al plato.

La necesidad del desahogo y de un espacio para compartir con otros varones, donde poder hablar y reírse de las mismas cosas, aparece como algo que no afloraba como algo esencial para su vida hasta que lo vio cercenado. Unos días después de nuestra primera conversación, Martín volvería sobre el tema de la posibilidad de salir al espacio público diciendo lo siguiente: “Me quedé pensando en lo que hablamos y viendo cómo viene la mano, estoy cada vez más pensando en todo lo que daría por volver a poder salir, hasta te diría que me muero por ir hacinado en el 126 al laburo (risas) pero salir, salir, es re importante”.

Por su parte, Manuel (48 años, dos hijos, casado, investigador de CONICET) reconoce que una forma que encontró para mantener una sociabilidad que reconocía como esencial para su vida era realizar las actividades al aire libre, sobre todo en la plaza y los parques del barrio, con sus hijos:

En la división que nos impusimos yo me aferré a hacer cualquier cosa para salir, entonces yo era el que iba al parque, porque ahí al menos ves un poco el cielo, los pibes se cansan y vos también, eh?, podés pensar un poco, capaz hablar con alguien porque yo algunos conocidos por llevar a la perrita tenía, entonces hablábamos con mi mujer y quedamos que un poco yo me encargaba de la parte digamos así, diversión y de cocinar y ella era la que hacía todo lo de la limpieza (...) yo me ocupaba de hablar con los padres de mis hijos para que se vieran en la plaza y no pierdan sus encuentros con los chicos de la escuela.

Por otra parte, Manuel realiza una observación respecto a la entidad que cobraron según él los objetos tecnológicos al volverse la conexión con el espacio público. Así, revela:

Yo también me di cuenta que se necesita además de un lugar físico, uno mental para descansar y aislarte sin problemas, eso ponele que es tu intimidad (...) así fue que aprendí a distinguir entre privacidad e intimidad con el tema de los dispositivos...yo he tenido que ceder a mis hijos porque ellos no tienen, entonces cederlos también es algo que te lleva a perder tu privacidad...y ahí me di cuenta que ya no me... por ejemplo mi hija mandaba cosas desde mi propio WhatsApp, entonces tuve que aprender a borrar cosas que podían ser comprometedoras... yo creo que se puede ganar intimidad o privacidad si hay una buena comunicación... aunque es difícil generarlo (...) los objetos técnicos son la proyección de uno mismo, mi celular, mi computadora, mis relaciones, es lo que nos quedó cuando nos quitaron de alguna manera lo público.

El lugar de lo público aparece proyectado en aparatos tecnológicos que se movilizan en espacios compartidos con quienes conviven. El “afuera” presente en la intimidad que otorga una tecnología personalizada se vuelve un aspecto que debe ser resguardado en tanto nodo central para el sostenimiento de los vínculos personales, laborales y familiares. Por su parte para Pablo C. (40 años, un hijo de 6 y una hija de 1 año, casado, abogado) durante las primeras semanas del aislamiento y al sentirse asediado por la familia, las reuniones de zoom con sus amigos empezaron a ser apreciadas como un lugar donde podían canalizar parte de la incomodidad y de la sensación de extrañeza que suponía el hecho de estar todo el día en sus hogares:

Para darte un ejemplo, nosotros entre mis amigos nos reímos mucho de lo que hacemos, hacemos todo el tiempo chistes, nos cagamos de risas (...) imagínate que eso pasó a un meme o a un whatsapp pero

cagarse de risa en vivo, juntarse es otra cosa, para pasar el rato..eso yo creo que a la larga fue lo que más costó.

En los casos retratados, encontramos que la declaración de las ASPO emerge como una interrupción de su vida social y un obstáculo para continuar con su relacionamiento en la vida pública, tanto sea laboral como de sociabilidad por fuera del ámbito del hogar. En este contexto, salir a hacer compras, ir a una plaza, así como tener reuniones virtuales con amigos, se transforman en espacios nodales que les permiten canalizar una situación de incomodidad e incertidumbre provocada por la imposibilidad de continuar con la vida social como antes. De alguna manera, en la añoranza de estos varones por la esfera pública está la idea de que recuperar la circulación por los espacios públicos implica, a su vez, recuperar el modo que tenían de pensar y resguardar su propia intimidad e identidad. Asimismo, encontramos que los espacios de sociabilidad que se construyen en la esfera pública constituyen parte de sus espacios de intimidad.

El hogar como un espacio desconocido

Una profusa bibliografía exhibe que la mayor cantidad de trabajo doméstico no remunerado es realizado mayoritariamente por las mujeres. Al mismo tiempo, se destaca en los estudios de familia que parten de una perspectiva de género, que los varones suelen participar más en actividades que involucran el platicar y jugar con sus hijos, y menos en las tareas domésticas (ESQUIVEL; FAUR; JELIN, 2012; HACES, 2006; MENA, 2009). En este sentido, de acuerdo con los hallazgos arrojados con las entrevistas con los varones, la relación de éstos con las tareas y actividades del hogar se reducían en su gran mayoría a tareas concretas, puntuales y específicas. Si por un lado, en las entrevistas aparecían referencias constantes a las bondades del hogar para ellos, por tratarse del lugar donde encontraban tranquilidad y se vinculan con sus seres queridos, eran constantes las apreciaciones respecto a la dificultad para acomodarse en el mismo, sobre todo a partir de la declaración del ASPO.

Sebastián tiene 41 años, una hija y está casado. Vive en la zona norte de la provincia de Buenos Aires. Trabajaba hasta el comienzo de la pandemia en una administración de rentas en la zona del microcentro de la ciudad de Buenos Aires. Todos los días su rutina constaba de levantarse a las siete de la mañana para desayunar, tomar el tren y llegar a su trabajo alrededor de las ocho y media. Comenta que aunque su rutina laboral continuó siendo la misma, por el hecho de que se levantaba a la misma hora y cortaba su jornada también a la misma hora, se tuvo que comenzar a “ocupar de las cosas de la casa”. Destaca que antes era su mujer y su suegra quienes se ocupaban de cuidar de su hija cuando él no estaba en la casa la mayor parte del día, algo que la pandemia modificó. En sus palabras, resulta interesante la manera como lo presenta:

Sigo levantándome a la misma hora, sigo cortando y durmiendo a la misma hora pero en el medio del trabajo está la familia y hay que transitar el compartir, digamos, la casa, que uno no estaba acostumbrado, al menos en la semana(...) Obviamente se establecieron nuevas rutinas, yo no formaba parte de las rutinas, de mi hija, y eso fue un cambio rotundo, tuve que comenzar a ocuparme porque quise y porque correspondía, y porque uno vio que como cambió mi rutina cambió la de mi pareja...y eso implicó pasar más tiempo con mi hija.

Si por un lado, la familia en su relato aparece como una intromisión en sus horarios de trabajo, algo que afecta su continuidad laboral, por otra parte aparece una sensación de estar viviendo en una época en transformación, en donde el hecho de compartir el espacio y tener que hacer más de una cosa a la vez se lo lee como algo

positivo. Al mismo tiempo, resulta interesante que mencione que haya sido el carácter obligatorio del aislamiento lo que le permitió volverse un testigo más cercano del crecimiento de su hija. El hecho de que Sebastián no estuviese en la casa durante casi todo el día hacía que su esposa tuviera que hacer todas las tareas vinculadas con la organización del hogar y el cuidado:

Karina era la que tenía que ocuparse de las cosas de la casa, de la limpieza, de las compras, de llevar y traer, yo trabajaba en microcentro y ahora no, estoy en el medio de todo eso y así fue como comprendimos que tenemos que ser compañeros en todas las funciones (...) ahora se comparte más todo, que no quiere decir que no se hacía pero ahora mucho más, porque antes se hacía pero los fines de semana, del desgaste, del uso de la casa, hay que hacerla más seguido porque además ya no es solo de la familia el espacio sino del trabajo y del estudio... así que al pasar tanto tiempo en la casa muchas de las cosas que hacía con menos frecuencia, las empieza a hacer más... esas son las tareas que fuimos negociando... también tenemos un fondo del que nos hemos ocupado mucho, con jardinería y todo.

Compartir la cotidianidad aumenta la necesidad de la limpieza de espacios comunes y de realizar tareas de alimentación en las cuatro comidas, algo que ante la ausencia de la posibilidad de tercerizar dichas tareas, redundaba en mayor trabajo para las parejas. Sin embargo, Sebastián reconoce que sigue siendo su esposa quien se encarga mayoritariamente de estas tareas, aunque ambos estén la misma cantidad de tiempo en el hogar. Por su trabajo en el Ministerio de Energía de la Nación Pablo C. destaca que aunque las rutinas en el hogar se continúan haciendo de la misma manera que antes, también reconoce que el hecho de tener que hacerlas todos los días volvió a la tarea bastante más dificultosa.

Es verdad que no cambió mucho lo que hacía porque yo hacía bastantes cosas, pero sí que lo tenga que hacer con más continuidad y además que tenga que trabajar en el mismo lugar, algo que vuelve más difícil la cosa (...) como que los lugares tienen sus ritmos y conocerlos a mí al menos me llevó un tiempo.

Hasta la declaración de la ASPO Pablo C. se levantaba a las ocho de la mañana y a las nueve dejaba a su hijo en el jardín para tomarse el subte y retornar cerca de las seis y media de la tarde. Ahora, trata de arreglar las reuniones para las ocho de la mañana, que sabe que son horarios donde en el departamento donde vive por lo general todos duermen: “De esta manera me aseguro que no haya interrupciones y cosas que puedan afectar una reunión de trabajo, por eso me organicé para reuniones de día y de tarde sí trabajar con el ruido ambiente (risas)”.

Víctor tiene 49 años y es arquitecto. Comenta que trabaja en un estudio no muy lejos de su casa pero que ni bien comenzó la pandemia le pareció muy bueno no tener que ir todos los días al trabajo. Se armó una especie de escritorio en un espacio entre el baño, su cuarto y el comedor y comenzó a trabajar desde allí. Al principio reconoce que era una “bendición” no tener que viajar y tener que levantarse temprano para hacerlo. Para Víctor el viaje cotidiano era cansador y hacía que llegara muy cansado por la tarde o noche ya que el recorrido para ir a su trabajo suponía tener que pasar por el centro de la ciudad yendo de norte a sur de la misma. Luego de los primeros meses, el hecho de estar en el hogar comenzó a tornarse insoportable:

Comencé a sentir ruidos, no me podía concentrar, el agobio de tanto tiempo seguido en el mismo lugar, sin moverte (...) Yo había puesto

una mesa y una silla en una especie de salón como de estar que hay entre el baño y los cuartos, donde tenía la compu y cuando tenía reuniones les pedía que no griten o no hablen fuerte, algo imposible además, con dos chicos de uno y cinco años (...) de pronto empecé a escuchar todo, los auriculares, nada me servían (...) no estaba acostumbrado y nunca lo estuve. Sentía que necesitaba mi espacio.

También reconoce que aunque al principio el hecho de estar todo el tiempo con el hijo (algo que no sucedía habitualmente) había sido una experiencia novedosa y reconfortante, también empezó a notar un agotamiento en sus propias capacidades lúdicas y pedagógicas al mismo tiempo que comenzó a visualizar la limitación de los lugares de esparcimiento:

Con mi hijo estábamos todo el día afuera, porque tenemos un patiecito, no es guau pero al menos tiene un poco de pasto, puedes salir (...) meta fútbol y todos los deportes, también a veces pintábamos, pero era siempre estar ahí (...) recuerdo que hubieron días que ya nos costaba salir, no sé, habían pasado dos, tres meses de la cuarentena y empezamos a agotarnos.

En las historias retratadas, los varones destacan una inmersión obligada en sus hogares producto del ASPO y un desconocimiento de ciertos códigos, temporalidades (BESSIN, 2014) y dinámicas que allí acontecen. El esfuerzo por combinar las obligaciones laborales con la organización y la dinámica de los hogares es un conocimiento que se desarrolló durante la pandemia. Al mismo tiempo, en todos los relatos aparece como inalterable la distribución inequitativa de las tareas domésticas al interior de las familias, quedando en su mayoría supeditadas al rol de las mujeres.

El hogar como lugar de trabajo

La transformación del espacio del hogar en lugar de trabajo supuso un conjunto de negociaciones y acuerdos con el resto de los miembros de la familia. El hecho de tener que traer todos los materiales y reuniones a la esfera del hogar, produjo una reconfiguración de los límites entre unos espacios y otros. Hasta la declaración del ASPO, la vida cotidiana, las biografías, las sexualidades y los sentimientos permanecían en un claroscuro. Si bien es cierto que se daban filtraciones, también es verdad que cuidamos su exposición. Y para ello, la distancia entre trabajo y hogar resultaba una garantía. Hoy, lo público y lo privado comparten un mismo escenario: nuestros hogares. Hoy, ambos mundos se superponen, conviven, volviendo difusas sus fronteras. En particular, el siguiente relato de Sebastián resulta sugerente en ese sentido:

El tema de separar los espacios... que se yo, es muy complicado, el celular en la mesa está, yo tengo que atender y se escucha todo, porque me llaman a cualquier hora, en la función de trabajo que tengo hay muchas urgencias (...) lo de compartir las comidas está buenísimo pero también no hay corte, no permite cortar en algún momento con el trabajo, inclusive los fines de semana...esto me costó mucho de respetar los horarios de familia...es medio difícil los cortes y ha sido un gran desafío para la familia...

Sebastián reconoce que la dificultad para generar una separación entre ambos universos se debe a una formación que mezcla lo natural y lo cultural, que al mismo tiempo lo vincula con una transformación histórica:

Es que se dio algo nunca visto, yo siempre tuve mi trabajo afuera y ella por el suyo siempre hizo un mix, pero también porque yo creo que le sale mejor, pueden hacer, digo, las mujeres, dos o tres cosas a la

vez, nosotros no (...) o yo lo veo, por ejemplo, mi viejo se iba al consultorio o si atendía en casa se entraba por otra puerta, mi mamá por ejemplo, que es escribana atendía adentro de mi casa, poniéndose la tintura, con la chica que limpiaba dando vueltas y no se hacía dramas, estaba todo ahí. Yo podía pasar semanas o meses y mi viejo que atendía en mi casa jamás entraba vestido de blanco.

La supuesta capacidad innata para saber moverse en la compatibilidad de los mundos laboral y familiar por parte de las mujeres, es algo que apareció en varias de las conversaciones con varones. En este punto, retomamos el planteo de Bessin (2014) en tanto que destaca la experiencia de la temporalidad femenina desde una doble presencia. Para observar particularmente su situación, es útil recurrir a la noción de “presencia” de BESSIN (2014), que describe los mecanismos de subjetivación del tiempo. Esta concepción permite abordar la naturaleza del “compromiso” en la actividad comunitaria, compromiso que se despliega sobre varios frentes a la vez. Para comprender el compromiso de estos espacios comunitarios, se debe evocar los sentidos de “disponibilidad” y “responsabilidad”, porque constituyen las principales características de la temporalidad de la experiencia de las mujeres en la división social y sexual del trabajo (BESSIN, 2014). En la experiencia temporal de muchas mujeres lo público y lo privado se interpenetran e interfieren mutuamente.

En el mismo sentido, Aníbal (49 años, dos hijos, casado, docente universitario) afirma que le costaba mucho trabajar en los horarios en que sus hijos tenían clases de la escuela por zoom porque aunque él les “cedía” el espacio del escritorio para que tengan mayor privacidad: “yo me iba a cocina, o al living pero no me sentía bien, estaba como bola sin manija, no sabía dónde ponerme para trabajar (...) es como que el escritorio era mi iglú”. Sin embargo, en un momento revela haber “descubierto” el jardín de la casa como un espacio ideal para la realización de conversaciones telefónicas al estar alejado de los ruidos de la casa:

Descubrí que la parte de afuera de la casa, un especie de jardín es donde mejor puedo tener conversaciones por teléfono de trabajo, o trasladar mis cosas de trabajo, porque ahí no se mueve nadie o no va nadie a estar y quedarse sino que pasan pero no se quedan y además no se siente tanto el ruido, además de que puedes caminar y moverte.

La capacidad para hacer compatible la dinámica laboral y la lógica familiar resultó en muchos casos un elemento que apareció destacado por la mayoría de los entrevistados. Fernando (52 años, una hija de 7 y otra hija de 5 hijas, casado, analista en sistemas) revela que el “mayor cambio” lo encontró en tener que “trabajar y comer” en la misma mesa del living. Tanto él como su mujer desde las ocho de la mañana se la pasaban trabajando hasta la una de la tarde, cuando generalmente pedían comida en la esquina y corrían las computadoras para almorzar en la misma mesa. Aunque para Fernando esto formaba parte de la nueva dinámica de trabajo en su hogar, Sebastián reconocía que a los meses de realizar lo mismo con su pareja, comenzaron a pensar en cambiar esa práctica:

Hace un par de meses nos dimos cuenta que necesitábamos cortar con eso para que el momento de la comida sea realmente de la familia y no estemos pendientes de correos o llamadas, así que instalamos un escritorio nuevo y una segunda mesa en el patio para tener espacios de trabajo adecuados.

El trabajo de “adaptación” no estuvo exento de inconvenientes y de una palabra que apareció de manera recurrente para los varones: las “interrupciones”. Éstas estaban

dadas por la propia dinámica del hogar, reclamos y demandas de hijes y parejas que se colaban en reuniones de trabajo, llamadas telefónicas o momentos para lograr concentración en el trabajo.

Reconfiguraciones en torno a la paternidad y los cuidados

Como mencionamos en la introducción, en la pandemia covid-19 se puso de manifiesto de un modo nunca visto la importancia de los cuidados en la vida de las personas en todas las regiones y las inevitables interdependencias con “otros” cercanos y lejanos. Las referencias a los cuidados de “otros” refractaron en ciertos grupos con nociones de persona fuertemente individuo-centradas, con racionalidades que propugnaban el “cuidado propio” como un tipo de cuidado legítimo que evidencia ideas particulares acerca de la “libertad” y la “autonomía” (VIOTTI, 2020), dejando “lo común en los márgenes” (ALEGRE-AGÍS, 2020). La pandemia también visibilizó en igual medida el hecho de que los cuidados satisfacen necesidades tanto de las personas consideradas dependientes (niños, personas mayores, enfermas o con discapacidades) como también de las personas que se entiende podrían autoproverseer dicho cuidado (RODRÍGUEZ ENRÍQUEZ; MARZONETTO, 2015). Asimismo, puso de manifiesto las dificultades que enfrentan los sectores más pobres y vulnerables de la sociedad para proveerse bienestar, cuidarse o acceder al mercado para cubrir las necesidades de cuidado (Canevaro, 2016; Rico, 2014).

Frente a ello, la agenda pública comenzó a definir al cuidado como un gesto afectivo, solidario y políticamente transpartidario (ALIAGA; KORNBLIHTT; PAENZA, 2020). Desde las políticas públicas, se insistió en la llamada “distancia social” como forma de amor y protección donde la ausencia de acción dada por el distanciamiento constituyó una forma de cuidar (ILLOUZ, In: FEBBRO, 2020). En Argentina dicha distancia quedó plasmada en la ya mencionada política de ASPO decretada en marzo de 2020 por el Gobierno Nacional. Esta situación excepcional impactó en los modos de pensar y llevar adelante los cuidados y los fenómenos sociales asociados a los mismos. Uno en particular, refiere a la demanda histórica de visibilizar los cuidados realizados por las mujeres y la exigencia de mayor participación de los hombres en correlación con los cambios ocurridos durante las últimas décadas en los modos de pensar y ejercer las paternidades (COSSE, 2009; WAINERMAN, 2005; LaROSSA, 1997; MARSH, 1988), destancándose la importancia de la creación de lazos afectivos firmes y permanentes con los/as hijos/as, concibiendo a los padres como responsables de los cuidados cotidianos (CASTILLA, 2018; COSSE, 2009; VIVEROS VIGOYA 2008).

Una característica distintiva que emergía en los relatos de varones que comenzaron a participar con mayor asiduidad de las tareas de cuidado, era que igualmente éstas aparecían con un carácter excepcional. Por ejemplo, Fernando (52 años, dos hijas, casado, analista en sistemas), señala que el hecho de estar “más en la casa” hizo que se tenga que ocupar de “hacer más compras, de traer y llevar a los chicos y de escucharlas más con las tareas”. Sin embargo, en su discurso aparece claramente un límite en la cantidad de tareas en las que comenzó a participar. Al igual que la mayoría de los otros padres, menciona no haber participado “mucho más” de las tareas de cuidado de sus hijas y manifiesta la duda respecto a si durante los primeros meses las peleas de sus hijas eran constantes o el malhumor que tenía producto de estar en la casa todo el día era lo que hacía que percibiera.

Yo las ví que siempre se llevaron bien, más que una pelea de nenás, se llevan dos, casi tres años, nada, pero ahora no compartían nada, sino que se celaban todo (...) no sé si era eso o yo que me costó mucho los

primeros meses, todo el día, aturdido de peleas, gritos, que parecía que salíamos, pero nada (...) A decir verdad, cuando se ponía áspera la cosa mi mujer me llamaba, porque yo algunas veces me iba al cuarto a trabajar para no escuchar tanto, entonces aparecía o mi mujer o alguna de las dos nenas contando lo que pasó (...) pero lo ví más al principio, te reitero, no sé si porque yo estaba más con los patitos cruzados o qué, pero después recuerdo menos tener que intervenir.

Aunque como vimos, en sus primeras descripciones, su rol parecía ser el mismo a la vida pre pandémica, cuando hizo referencia a las peleas y conflictos, sugirió la referencia la presencia constante que el ASPO obligó a realizar. El rol interventor de Fernando exhibe una característica de la aparición de los varones en los conflictos de sus hijos y es el hecho de que aparecen cuando surge un problema.

La pandemia conllevó un nuevo entramado de continuidades de prácticas previas y cambios. Estos últimos, sobre todo fueron referidos por los padres como cambios en la intensidad o frecuencia con las que se realizaban las tareas y no se trató tanto de cambios en el tipo de actividades. Así, durante el aislamiento, una constante en los relatos de los varones entrevistados en relación con sus tareas como padres, era el latiguillo de que “tanto no había cambiado”. Por ejemplo, Juan, empleado estatal y padre de un hijo de 5 años, que vive con éste y su esposa, señalaba esta continuidad en el tipo de tareas y el incremento en las frecuencias.

Mi rutina habitual antes del ASPO era: A las 9 de la mañana dejar a mi hijo en el jardín e irme a trabajar hasta las 18h. Dos veces por semana iba a entrenar y el resto de los días pasaba por el supermercado y cocinaba si no había algo ya preparado. Los fines de semana me juntaba con amigos o viajaba a Salto para visitar a mi familia. Desde que se decretó el ASPO comienzo a trabajar alrededor de las 8h para poder participar de las reuniones en un ambiente más calmo. Para el horario de almuerzo (13 hs) hago mi primer descanso. Alrededor de las 14:30 dedico unas dos horas más de trabajo, en la que intento no reunirme y realizar tareas más de redacción y análisis de documentos (en el cual el ambiente familiar es más ruidoso). No estoy realizando tareas domésticas diferentes a las que ya realizaba antes (cocino, hago las compras y cuido a los chicos). La diferencia radica en que las tareas se realizan con más frecuencia (antes cocinaba una vez ahora son dos, etc.).

Una de las cuestiones que los varones entrevistados coincidieron que había cambiado eran las actividades vinculadas con la educación de sus hijos, el particular, el seguimiento cotidiano del proceso de aprendizaje, el acompañamiento en las clases vía streaming y el lidiar con el cansancio y falta de interés de sus hijos. Por ejemplo, Juan de 32 años, empleado de comercio y padre de 1 hijo de 10 años señalaba: “una tarea que no hacía antes es la de asistir a mi hijo que está en sala de cinco a realizar las tareas que le dan por Zoom (...) nos turnamos con mi mujer para ayudarlo”. Asimismo, Manuel de 48 años, que es investigador de CONICET, tiene un hijo de 12 y una hija de 6 años y vive con su mujer, docente de la misma edad. Cuando se lo consulta por las modificaciones de su rutina, resulta enfático.

Yo creo que lo único que realmente cambió para mí y para mi mujer que ya trabajábamos en casa todo el día, ella por ser docente y por ser investigador, es que nos enteramos de las cosas que los chicos ven y hacen en el colegio, pero todos los días... Estuvimos mucho más cerca de las cosas que tenían que hacer los chicos. Antes uno miraba los cuadernos sólo los fines de semana y en el caso de mi hijo mayor en

realidad no mirábamos nada porque era, va como solo. Y a mi hija lo que le pasó fue que le pegó como fuerte y no entendía lo de hacer tareas y pasamos por varias fases y etapas respecto de eso. Una primera fase donde uno estaba como encima todo el tiempo. Una segunda fase cuando ella ya incorporó las herramientas digitales y eso y ya dejar que haga un poquito sola. Y una tercera etapa donde hay que volver a reforzar porque hay un nivel de hartazgo muy importante a todo nivel y entonces la rutina cambió más bien por el lado de tener que hacer todo aquí juntos. Pero no una alteración que tenga que cocinar más u organizar otra salida.

Aníbal, de 40 años, padre de un hijo de 8 años y una hija de 4, casado y que trabaja en el sistema educativo universitario mencionaba

El único cambio que observé es el hecho de estar más atento a la escuela de mis hijos, sus tareas y sus aprendizajes, que antes se limitaba a cuando recibía los boletines o cuando me acordaba, muy cada tanto, de ver cuadernos y carpetas, algo que hacía más seguido mi pareja. Ahora nos repartimos mucho mejor eso, aunque suponga mucho más trabajo porque a la más pequeña, de ocho años, hay que "empujarla" para que tenga una rutina de estudio.

Pablo, de 42 años, padre de un hijo de 11 años, casado y kinesiólogo en un consultorio privado, mencionaba:

La cuarentena ha implicado cambios rotundos en lo que hace a las relaciones. Somos una familia de 3 donde siempre estamos todos muy atentos el uno con el otro. Obviamente esto me llevó a compartir mucho más tiempo juntos, ayudarlo mucho más a mi hijo con el tema de las tareas, sobre todo al principio con el comienzo de la virtualidad.

Otra actividad que los varones entrevistados señalaron como “estresante”, “complicada” y “difícil” fue el “salir” para realizar las compras y trámites. En sus relatos mencionaron que eran ellos los que “mayormente salían” de las casas. Asimismo, que dicha actividad solía realizarse en prepandemia, no obstante, la trama de sentidos asociada a dicha actividad durante las primeras fases del ASPO estaba atravesada por los riesgos. Por ejemplo, Sebastián, comentaba que por la pandemia comenzó a encargarse de las actividades fuera del hogar.

Me tuve que ocupar de muchísimas de las tareas de la casa, tratamos de entender que somos compañeros y compartir todas funciones... Un poco por las tareas y la carga horaria que tengo... me empecé a ocupar de un montón de cosas, pero Karina se ocupa mucho más de las cuestiones de la nena. Pero sí efectivamente, yo comencé a encargarme de la comprar semanal, ir al banco a retirar plata y poder hacer otras cosas en la semana.

Asimismo, Carlos de 32, empleado fabril, que vive con su pareja y el hijo de ambos de que cumplió 1 año durante el ASPO, mencionó fue el único que salió de la casa durante casi todo el año.

El único que salía de la casa para hacer las compras era yo, hace no mucho. Mi hijo era chico, cumplió un año en la cuarentena. Era todo un estresse salir de la casa porque siempre tenía el miedo contagiarme cuando salía y de volver y contagiar. Mi señora se quedaba con el nene y era yo el que salía. Llegaba y me llenaba de alcohol.

Salir a realizar las compras durante el ASPO da cuenta de diversas concepciones éticas y normativas vinculadas a la masculinidad que conlleva asumir comportamientos de riesgo. En consonancia con investigaciones previas, estas acciones dan cuenta de lógicas de cuidados masculinos asentadas modelos de masculinidad fundada sobre el coraje, la fuerza, la resistencia y una supuesta invulnerabilidad que refuerza su condición de víctimas del propio sistema patriarcal (KUNIN; LUCERO, 2020; CASTILLA, 2020; SEGATO, 2017; PALERMO, 2015). Así, los hombres entrevistados asumen el riesgo de “salir” para obtener bienes y servicios, “exponiéndose al virus” entendiéndolo como parte de una moralidad paterna de cuidado asociada a virilidad.

Esta tensión entre virilidad y salud no es exclusiva de la pandemia de covid-19. Ha sido documentada con el VIH-SIDA (KALICHMAN et al, 1994), el uso de agrotóxicos (KUNIN; LUCERO, 2020), en los trabajadores (PALERMO, 2015), en las paternidades (CASTILLA, 2020; 2017) y entre otras problemáticas vinculadas a la salud y el bienestar. Así, riesgos, cuidados, autocuidado y masculinidad quedan enlazadas en un entramado que se complejiza al considerar las condiciones estructurales de desigualdad social en las que viven los hombres y que constituyen el principal factor de su vulnerabilidad. Ahora bien, asumir conductas de riesgo debido a una normativa de masculinidad hegemónica no implica necesariamente considerar, entonces, que los hombres no cuidan. Desde la perspectiva de los propios hombres, ello forma parte de un imperativo de cuidado hacia sus familias (CASTILLA, 2020).

Consideraciones finales

En este artículo nos hemos focalizado en analizar las implicancias que la pandemia tuvo en la vida cotidiana y familiar de varones de sectores medios de Buenos Aires. Uno de los hallazgos es haber expuesto que la pandemia visibilizó la porosidad de las fronteras entre lo íntimo y lo público. Aquello que se pensaba como separado, opuesto y antagónico se vio superpuesto de manera obligatoria a partir del confinamiento. Dicho proceso fue gestionado de forma particular por parte de los varones de sectores medios quienes no estaban acostumbrados a combinar y superponer ambos universos. La dificultad y los esfuerzos para hacerlos convivir se pudieron ver expresados en la manera como vivenciaron y gestionaron la espacialidad y practicaron los cuidados durante el ASPO así como en la forma en que se representaron y significaron el espacio del hogar y a sus propias tareas como padres y trabajadores.

A lo largo del artículo evidenciamos los esfuerzos de negociación y adaptación de los varones a los nuevos espacios, tiempos y sociabilidades de la realidad a partir del ASPO. En general, al estar acostumbrados a mantener separado el mundo de lo laboral del íntimo, tuvieron que aplicar diversos mecanismos de adaptación y negociación para hacer converger las necesidades y expectativas de ambos escenarios. En ese camino, mostraron grandes dificultades para hacer convivir las obligaciones públicas y las responsabilidades privadas. En este sentido, encuentran al espacio del hogar como una entidad con su propia temporalidad y dinámica que se les aparece como desconocido y hasta poco frecuentado hasta el inicio de la pandemia. A partir de ese momento, la adaptación a la nueva realidad supuso combinar diversas estrategias y prácticas de adaptación.

Por otra parte, la transformación del espacio del hogar en un lugar público conllevó la creación de nuevas formas de sociabilidad y afectó sus propias maneras de construir intimidad e identidad. Tanto el hogar como el cuidado son categorías que han estado asociadas teóricamente como históricamente a lo femenino. El hecho de haber sido obligados a participar de tareas y de prácticas de las que se mostraban poco familiarizados llevó a que tuvieran que desarrollar saberes novedosos y/o expresar

resistencias de diversa índole, como respuestas a una nueva realidad de sus vidas cotidianas. En este proceso, encontramos que los varones movilizaron diversas formas de construir agencia al interior del espacio del hogar y negociaron la mejor manera para relacionarse con el mundo público a partir de la situación crítica que propuso el presente de la pandemia.

Consideramos que esta investigación se sitúa en un contexto más general tendiente a generar una masa crítica desde las Ciencias Sociales con el objetivo de indagar en algunos de los efectos e implicancias que la pandemia generó en distintos grupos y realidades sociales. El hecho de haber elegido a varones de sectores medios supuso un esfuerzo de extrañamiento por parte de ser investigadores que participamos de ese mismo mundo social, con sus códigos y sentidos comunes naturalizados (e invisibilizados). Asimismo, la elección de que sean varones y de sectores medios se debió a que se trataba de un área de vacancia en ambos campos de investigación. En ese sentido, esperamos que los resultados y líneas de indagación de este artículo puedan servir como marco comparativo con realidades de países de la región.

Por último, pensamos que abordar los cuidados de los varones requiere pensar sus relaciones con lo femenino, la intimidad y la espacialidad del hogar. Para ello, es necesario tender nuevos y más fluidos puentes entre los varones, los cuidados y el estado. Las leyes y los sistemas de producción están en constante interacción con los modos en que los padres llevan adelante los cuidados de sus hijos en el marco de una sociedad que pone en tensión constantemente éstas con los estereotipos de masculinidad y virilidad. Por este motivo, entendemos que este trabajo propone que para pensar la necesaria incorporación de los varones como sujetos de políticas de cuidado se requiere pensar las experiencias y nociones de paternidad situadas y moldeadas por las trayectorias biográficas y las jerarquías sociales o étnicas.

Referencias

- ABRAMOWSKY, A; CANEVARO, S. 2016. **Pensar los afectos**. Aproximaciones desde las ciencias sociales y las humanidades, Buenos Aires: UNGS Editorial.
- ALEGRE-AGÍS, E. 2020. Contradicción de hegemonías: del frente común a la división social en la crisis de la COVID-19 en el discurso político del Estado español. In: EVANGELIDOU, S; MARTÍNEZ-HERNÁEZ, A. **Reset: reflexiones antropológicas ante la pandemia de COVID-19**. Tarragona: Publicacions de la Universitat Rovira i Virgili.
- ALIAGA, J; KORNBLIHTT, A; PAENZA, A. 2020. **¿Cómo combatir la pandemia?** <https://www.elcohetelaluna.com/como-combatir-la-pandemia-seis-meses-despues/>
- BENERÍA, L. 1979. Reproduction, production and the sexual division of labour. **Cambridge Journal of Economics**, v. 3, n. 3, pp. 203-225.
- BESSIN, M. 2014. Présences sociales: une approche phénoménologique des temporalités sexuées du care. **Temporalités Revue de sciences sociales et humaines**, n. 20.
- CANEVARO, S. 2016. De sirvientas a trabajadoras domésticas. Nuevas configuraciones del servicio doméstico en Corrientes. **Revista de prácticas y discursos**, Universidad Nacional del Nordeste, n. 6, pp. 1-38.
- CASTILLA, M. V. 2018. La construcción de la 'buena paternidad' en hombres jóvenes residentes en barrios pobres de Buenos Aires. **Revista Punto Género**, pp. 110 – 132.

- CASTILLA, M. V. 2020. Cuidados paternos en barrios pobres de Buenos Aires, Argentina, **Revista Publicar**, a. XVIII, n. XXIX, pp. 56-76.
- CASTILLA, M. V; BAUMWOLLSPINNER, N. 2020. Licencias laborales y experiencias de paternidad en hombres residentes en barrios pobres y vulnerables de Buenos Aires. **Revista Ciudadanías**, n. 7, segundo semestre.
- CASTILLA, M. V; KUNIN, J; BLANCO ESMORIS, M. F. (2020). **Pandemia y nuevas agendas de cuidados**. Serie Documentos de Trabajo, n.8, noviembre. Idaes-Unsam.
- CERRI, C; ALAMILLO-MARTÍNEZ, 2012. L. La organización de los cuidados, más allá de la dicotomía entre esfera pública y esfera privada. **Gazeta de Antropología**, v. 28, n. 2, artículo 14.
- COSSE, I. 2009. La emergencia de un nuevo modelo de paternidad en Argentina (1950-1975). **Revista estudios demográficos y urbanos**, v. 24, n. 71, pp. 429-462.
- ESQUIVEL, V; FAUR, E; JELIN, E. 2012. Hacia La Conceptualización Del Cuidado: Familia, Mercado y Estado. In: **Las lógicas del cuidado infantil**. Buenos Aires: Ides-Unfpa-Unicef.
- FAUR, E. 2009. **Organización social del cuidado infantil en la Ciudad de Buenos Aires**. El rol de las instituciones públicas y privadas. 2005-2008, Tesis de Doctorado. Buenos Aires: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
- FEBBRO, E. 2020. Entrevista a Eva Illouz: ‘sin un pacto social sanitario no es posible gestionar a los ciudadanos’. **Página 12**, 9 de agosto de 2020. <https://www.pagina12.com.ar/283863-eva-illouz-sin-un-pacto-social-sanitario-no-es-posible-gesti>, acceso em 9/8/2020.
- HACES, M. A. 2006. “La vivencia de las paternidades en el Valledel Chalco”. In: FIGUEROA J.G; JIMENEZ, L; TENA, O. (eds), **Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos**. México: El Colegio de México.
- KALICHMAN S. C. et al. 1994. Sexual sensation seeking: Scale development and predicting AIDS-risk behavior among homosexually active men. **Journal of Personality Assessment**, n. 62, pp. 385–397.
- KUNIN, J.; Lucero, P. 2020. Percepción social del riesgo y dinámicas de género en la producción agrícola basada en plaguicidas en la pampa húmeda Argentina. **Sexualidad, Salud y Sociedad- Revista Latinoamericana**, n. 35, pp. 58-81.
- LaROSSA, R. 1997. **The modernization of fatherhood: a social and political history**. Chicago: University of Chicago Press.
- MARSH, M. 1988. Suburban men and masculine domesticity, 1870-1915. **American Quarterly**, n. 40, pp. 165-186.
- MEILLASSOUX, C. 1977. **Mujeres, graneros y capitales**. Economía doméstica y capitalismo. México: FCE.
- MENA, P. 2009. **Ser padres solteros en la ciudad de México y el Área Metropolitana**, Tesis de maestría. México: Centro de Estudios Sociológicos, Programa interdisciplinario de estudios de la mujer, El Colegio de México.
- PALERMO, H. M. 2015. Machos que se la bancan: masculinidad y disciplina fabril en la industria petrolera argentina. **Desacatos**, n. 47, pp. 100-115.

RAZAVI, S. 2007. **The Political and Social Economy of Care in a Development Context**. Conceptual Issues: Research Questions and Policy Options, Gender and Development Program. Paper Number 1”, Geneva: United Nations Research Institute for Social Development.

RICO, M.N. 2014. El desafío de cuidar y ser cuidado en igualdad. Hacia el surgimiento de sistemas nacionales de cuidado (pp. 40-46). In: HOPENHAYN, M. et al. (eds.), **Pactos sociales para una protección social más inclusiva**. Experiencias, obstáculos y posibilidades en América Latina y Europa, (Serie Seminarios y Conferencias, N° 76 - LC/L.3820), Santiago de Chile: CEPAL.

https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/37239/S2014171_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y, acesso em 1/2/2021.

TRONTO, J. 1993. *Moral Boundaries. A Political Argument for an Ethic of Care*. New York: Routledge.

VIOTTI, N. 2020. “Anticientificismo, derechas antisistema y nuevas articulaciones políticas en contexto de pandemia”. **IDAES en foco**.

VISACOVSKY, S. 2012. Experiencias de descenso social, percepción de fronteras sociales y la identidad de clase media en la Argentina de la post-crisis. **Pensamiento iberoamericano**, n.10, pp. 133-168.

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3944496>, acesso em 2/2/2021.

VIVEIROS VIGOYA, M. 2008. Teorías Feministas y Estudios Sobre Varones y Masculinidades. Dilemas y Desafíos Recientes. In: RAMÍREZ; URIBE (eds.), **Masculinidades**. El Juego de género de los hombres en el que participan las mujeres. México D.F.: Plaza y Valdés Editores.

WAINERMAN, C. 2005. **La vida cotidiana en las nuevas familias**. ¿Una Revolución Estancada? Buenos Aires: Lumiere.

ZELIZER, V. 2009 [2005] **La negociación de la intimidad**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

